

Ilustrar Andersen: cómo dibujar un cisne y morir en el intento

Como espectadores suele ser invisible a nuestra mirada el proceso de creación gradual del ilustrador que parte de las expectativas previas, se estructura en lectura y relecturas, comienza a materializarse en bocetos y, aunque adquiere su forma definitiva en el arte final, no termina allí; como bien queda expresado en esta reflexión que hace Pablo Auladell del libro que le hizo merecedor del segundo lugar del Premio Nacional de Ilustración.

Antes de enfrentarme al encargo de ilustrar a Andersen, yo tenía una visión sobre su obra (ahora lo sé) muy parcial, tópica, una visión más bien miope. A mí Andersen me sonaba a cuento de hadas, a cuento clásico, a libro de cuentos con encuadernación de libro de cuentos.

Enseguida acudieron a mi cabeza *El patito feo*, *El soldadito de plomo*, *La sirenita...*, todos esos relatos que yo había leído de pequeño en aquellos cuadernillos troquelados que vendían en el quiosco. Empecé a pensar en decantarme por un tipo de ilustración más o menos fabulosa, un punto romántica, con aire de ilustración clásica de libro de cuentos, Arthur Rackham, por ejemplo, porque para mí Andersen era como el paradigma del cuento para niños.

Así que me dispuse alegremente a ilustrar unos cuentos que yo pensaba conocer bien o que por lo menos me sería muy fácil asimilar, porque era como si ante Andersen se despertara en mí un conocimiento innato de su obra, como si, al igual que ocurre con determinados símbolos o iconos, sus cuentos, su figura, formaran parte del subconsciente colectivo.

Pero, cuando recibí la maqueta con los textos del tomo que me habían asignado (el cuarto), todo se derrumbó. Pasaba las páginas una y otra vez buscando *La sirenita*, *Pulgarcita*, *La reina de las nieves...* ¿Sería posible que en mi tomo no hubiera caído ni un solo cuento de los “conocidos”? Ninguno de los títulos me sonaba ni de lejos, pero es que, además, la primera lectura de los relatos me dejó desconcertado.

Aquellos cuentos que me habían encargado ilustrar me resultaron a primera vista bastante prosaicos, costumbristas, nada maravillosos para la idea que yo tenía preconcebida sobre ellos. En algunos, se asomaban tímidamente duendecillos y seres sobrenaturales, pero era como si estuvieran muy mezclados con lo cotidiano. Había en ellos disertaciones morales, un evidente fervor religioso y largas exposicio-

nes de hechos históricos que resultaban un tanto ajenas a un lector no familiarizado con la historia de Dinamarca.

Me di cuenta de que había que cambiar de estrategia rápidamente: como el saltamontes del cuento de *Los saltarines*, de nada servía mi preconcebida habilidad para saltar muy alto, muy fuerte y muy espectacular. Había que saltar poco y caer en el lugar adecuado.

Comenzó, pues, un angustioso calvario para encontrar la solución gráfica más adecuada para unos cuentos que se caracterizaban principalmente por su diversidad temática: lo mismo habría que dibujar unos peces en un fondo marino que un centinela en la torre de un castillo de Copenhague.

Me preocupa especialmente este aspecto en un libro ilustrado: la unidad estética de los dibujos, crear un vocabulario gráfico específico para ese libro y que resulte solvente en todas las situaciones.

Y empecé a trabajar, que es lo mismo que decir que empecé a buscar o que empecé a encontrar. Ilustrar es como viajar: uno llega a conocer cosas que ni siquiera sabía que existían. Y cuando además se



Boceto



Arte final incluido en *Peiter, Peter y Peer* de Hans Christian Andersen. © Anaya



Boceto

cuenta, como en este caso, con un plazo de entrega razonable, uno puede dedicarse a acercarse un poco más al autor y a sus circunstancias, y suelen así descubrirse cosas nuevas acerca de autores que uno tiene poco leídos o conoce solo de oídas, o aprender detalles de una época determinada. Seguramente, acabo no utilizando nada de lo que he recogido, pero es muy beneficioso ponerse en contexto y aventurarse por los alrededores. Luego la imagen tiene más verdad y uno trabaja con mayor seguridad y convicción.

Así que, como queda dicho, comencé a explorar los alrededores de aquellos cuentos, a recopilar datos, a sumergirme en su ambiente, en su aroma, a contextualizarlos y contextualizarme. Y resultó que aquellos cuentos que me habían parecido tan raros (si bien es verdad que por pertenecer a la última etapa del autor tienen algo de especiales) no eran tan ajenos a la forma de hacer de Andersen. Lo que ocurría es que yo no conocía a Andersen en absoluto.

Empecé a desvelar las claves y matices comunes a la mayoría de los cuentos

de este tomo: patriotismo, fervor religioso, fascinación por el progreso... y el uso de lo maravilloso y lo fantástico como azúcar para pasar la píldora de lo que el autor nos quería transmitir.

Opté, pues, por hacerme eco en las ilustraciones de esa manera de funcionar que tenían los textos. Así, encabezé la mayoría de los cuentos con duendes y seres fantásticos, para captar al lector y llevarlo hacia otra cosa.

Además, considerando que en un tomo de estas características el peso mayor recae sobre el texto, me centré en conseguir unas ilustraciones de ambiente,

de esencia, de acorde, que capturaran las características comunes que anidaban en todos los cuentos de este libro (la melancolía, la bondad inútil, la crueldad...) casi independientemente de la peripecia. Se trataba de alejarse de la estampa más o menos costumbrista, de la ilustración notarial. Que la esencia de los dibujos fuera la misma que la del texto. Y luego decidí detalles o guiños como incluir en mi paleta los colores de la bandera danesa para reflejar de alguna manera ese sentimiento patriótico que aparecía en la mayoría de los cuentos de este tomo, o cierto documentalismo (muy sutil, para no desequilibrar unas ilustraciones frente a otras) en aquellos cuentos con referencias históricas.

Ahora que han pasado varios años y varios libros, mi trabajo en Andersen me produce sentimientos encontrados. Por una parte, me ha reportado beneficios económicos y profesionales e incluso parece que ha tenido cierta acogida en los lectores, ya que, en los encuentros o en los foros, hay muchos que me dicen que estas ilustraciones que hice les han gustado mucho o que de mi producción hasta ahora son sus preferidas. Sin embargo, yo lo considero hoy uno de mis trabajos menos interesantes. Es más, creo que fracasé en cuanta premisa me propuse. No logré la unidad estética que pretendía (me pongo enfermo cada vez que, revisando mis carpetas, me encuentro con unas pruebas que hice casi monocromas y que ahora pienso que hubieran dado mejor resultado estéticamente); me dejé llevar en algunos cuentos por su blandura, pese a que intenté estar muy atento a este punto; técnicamente, aún estaba muy tierna la solución gráfica que había empezado a emplear por aquel entonces: no llevé a sus últimas consecuencias la reducción de paleta que ambicionaba y el trazo quedó en ocasiones más cerca de la caricatura blanca que de lo grotesco. Las estilizaciones aún son balbuceantes. En fin, una serie de cosas.

Andersen fue mi primer encargo de peso. Así lo entendí y así lo trabajé: febrilmente. En justicia, quizá muchos de los caminos que he empezado a entrever ahora y muchos de los problemas que hoy comienzo a comprender y solucionar encuentran su campo de pruebas y su primera vez en aquellas ilustraciones. Pero algo me tortura en secreto cuando las contemplo, como me pasa en todos y cada uno de mis libros en mayor o menor medida. 📧

Pablo Auladell (*)

(*) Ilustrador de registro muy personal. Tiene en su aval la creación un mundo propio que lo mismo habita en las páginas de Andersen, Grimm y Unamuno o se asoma en viñetas, carteles o en sus magníficos álbumes. Su blog pabloauladell.blogspot.com merece más de una visita.